

Pararon un momento al llegar a la cima y volvieron la cabeza para observar angustiados, por última vez, el que había sido su hogar... una columna de negro humo se levantaba alta en el cielo. Podían ver las llamas sobresalir por encima de sus murallas pero, afortunadamente, la distancia les impedía distinguir las trágicas escenas que se vivían en el interior.

XX

CAPITULO I

COMIENZA LA CAZA

1.1

El joven guerrero, sentado sobre una roca, parecía ajeno al ensordecedor ruido que se oía colina arriba, a sus espaldas: gritos, metales que entrechocaban, tremendos golpes en los muros y puertas de la fortaleza... Cabizbajo, se limitaba a observar el ensangrentado filo de su espada, aún con pelos y restos de sesos.

Cabellos negros, largos y revueltos ocultaban su rostro, disimulando su profunda tristeza; algunas lágrimas resbalaron por sus mejillas. La riqueza de su polvorienta cota de malla y del rasgado sobreveste, denotaban su alcurnia.

De cuando en cuando, el viento traía hasta él la humareda del incendio que, al envolverle, parecía desvanecer su figura. También le acercaba el leve rumor de los salmos recitados por los clérigos que acompañaban a su hueste.

El sonido de fondo se fue transformando, el golpeteo metálico y el rabioso vocerío del combate iban cediendo terreno a gritos de júbilo. Este cambio no alteró el ensimismamiento del joven, a pesar de ser indicio cierto de que la lucha estaba llegando a su término. Por el contrario, parecía que su congoja iba en aumento y las iniciales lágrimas fueron acompañadas por una silenciosa mueca de llanto.

La llegada de otro guerrero que corría ladera abajo, en su dirección, le sobresaltó, y con un rápido movimiento de su mano trató inútilmente de secar sus humedecidos ojos, y disimular.

- ¡PRIMO PIERROT! ¡PRIMO PIERROT!- daba grandes voces mientras avanzaba-¡SON NUESTROS!, ¡SON NUESTROS YA! ¡SE ACABÓ!

El caballero recién llegado, jadeante, se dejó caer de rodillas, depositó en el suelo el yelmo y el escudo, y levantando los brazos al cielo, exclamó:

- ¡VICTORIAAAA, VICTORIAAAA! ¡Otra prueba más de la grandeza de Dios! ¡De que está a nuestro lado Pierrot! -luego, volviendo el rostro hacia su primo, hizo un signo con dos dedos de su ensangrentada mano derecha- ¡Hubieras visto mi último combate! ¡Yo sola, con la ayuda del Altísimo, claro está, he acabado con dos!

Efectivamente, aunque su atuendo militar disimulaba totalmente su silueta, ciertos rasgos del rostro la delataban: sus espléndidos ojos verdes, sus delicadas facciones y hasta la suavidad de la piel, apenas estropeada por algunas cicatrices que le cruzaban una de las mejillas y la frente. Aspectos que no lograba contrarrestar con sus cortos y enmarañados cabellos, o con la tenue pelusa que dejaba crecer sobre su labio superior y barbilla. Y también la traicionaba, aunque exhibiera una poderosa constitución física, la escasa estatura y el timbre de su voz... ¡Sí!, resulta asombroso, pero se trataba de una mujer.

- Enhorabuena, querida prima, –le contestó con tono triste e irónico a la vez- te

has batido con dos muertos de hambre, y... ¡los has vencido!, ¡que bien! ¿Y cómo ha sido, los dos a la vez, de uno en uno...?

- ¿Qué cojones te pasa?, ¿lo de siempre? ¡A veces no se que narices pintas aquí! ¡Sí!, debías haberte quedado en casa, hilando con mama y las tías.

- Pues, si hubiera estado en mi mano...

La dama vestida de hierro miró a su pariente de arriba abajo mientras intentaba, por enésima vez, entender su habitual falta de entusiasmo. Y en seguida, señalándole la desnuda espada que sostenía aún en la mano, le preguntó:

- ¿Y tú qué? Me figuro que esa sangre no es de pavo. ¿Cuántos?

Pierrot bajó los ojos hacia el arma y susurró:

- Tengo bastante con uno.

- ¡Vaya ánimo! Se diría que eres el derrotado y no el vencedor.

- Sabes como pienso, ¡no es mi guerra!, ¿qué nos ha hecho esta gente Marie?

En ese instante escucharon a sus espaldas un alarido de terror y el golpe seco de un cuerpo al estrellarse contra el suelo. Pierrot, sin volverse a mirar, se llevó las manos a los ojos tapándoselos.

- ¡Dios mío!...- exclamó entre dientes.

Pensó durante unos instantes en el infeliz salvajemente arrojado desde las almenas. También recordó al hombre al que él mismo acababa de segar la vida hacía tan solo un momento. “¿Tendría familia?...” Se lo imaginó de niño, jugando. Un vacío hizo que su estomago se estremeciese. “Realmente no tengo mucho que reprochar a mis compañeros, estoy aquí, junto con los “lobos”, matando igual que ellos... ¡Igual no!”.

Se quitó las manos de los ojos y miró a la muchacha.

- ¿No vas a participar del saqueo?- la preguntó

- ¡No digas sandeces, Pierrot! Me conoces de sobra y sabes que eso no va conmigo. Y te ruego que no me compares para nada con esos salvajes- respondió señalando hacia los que, situados en lo alto de las murallas, se disponían a despeñar a un nuevo prisionero- por mucho que sean nuestros aliados.

- Lo que nunca terminaré de entender es como tu padre, un hombre tan justo y honrado, cabal donde los haya, puede servir a las órdenes de este sanguinario.

El topetazo de otro cuerpo al chocar, antecedido por un desgarrador grito, resonó en sus oídos.

- ¡No seas simple! ¿Tiene alguna alternativa? De sobra sabes que es su vasallo, la Ley del Homenaje le obliga.

- No todos los nobles de nuestra tierra se han sumado a la Cruzada, Marie.

- Pues te garantizo que en su día tendrán problemas. Aparte de mostrarse como unos verdaderos “gallinas”, me parece gente muy poco ferviente. Se supone que estamos luchando en defensa de la verdadera Fe, ¡nunca olvides que nuestra causa es justa!

- ¡Verdadera Fe! ¿Realmente sabes de que hablas?... Se te olvida decir que esta causa justa nos esta enriqueciendo, a nuestra familia tanto como al resto de estos canallas.

- ¿Es malo recoger el costoso fruto de nuestras victorias Pierrot? Nos hace falta ese dinero, lo sabes, y tú te vas a beneficiar tanto como el que más.

- Creo que me he incluido primita, ¿o no? Yo, a pesar mío, soy cómplice de esta barbarie.

- ¿Barbarie?, ¡Quién lo duda! Pero te recuerdo que fueron ellos los que empezaron asesinando al Legado Papal y empecinándose en el error y la blasfemia.

- ¡Venga Marie!, ¡tú en el fondo tampoco apruebas el que se abraza a la gente en hogueras en nombre de Dios!

- ¡Mira, mejor que te calles o al menos pienses las cosas antes de soltarlas! A veces mueres por la boca y dices lo que te debes guardar para ti, esas opiniones totalmente fuera de lugar. Si un día alguien malintencionado te escucha... puede ser tu perdición... y la de nuestro clan también, Pierrot. ¡Yo te aviso!

Quedaron los dos callados, mientras contemplaban una hermosa puesta de Sol.

El horrendo día estaba concluyendo y, tras ellos, las humeantes ruinas del castillo iban quedando en silencio; las voces de los vencedores y los lamentos de los moribundos poco a poco menguaban, sólo el crepitar de las llamas persistía.

Los dos jóvenes continuaron sentados mirando el ocaso largo rato, el agotamiento les predisponía a estar especialmente receptivos.

- ¿No es hermoso? Si no fuera por la belleza con que a veces nos deleita la naturaleza, pensaría que el infierno con que nos asustan no puede ser mucho peor que esto- comentó Pierrot.

Marie chasqueo la lengua y meneó la cabeza en signo de desapruebo, pero calló.

El astro ya desaparecía en la línea del horizonte dejando tras de sí un cielo enrojecido.

Ahora fue ella la que habló:

- No te parece que es momento de marcharnos, sino recuerdo mal la última comida que hicimos fue al amanecer, ¿No tienes hambre?

- ¡Tengo las tripas como para meter algo dentro! Ahora lo único que me apetece es acostarme, dormir, y soñar con algo menos terrible que la espantosa realidad en que vivimos.

- ¡Anda vamos, que no tienes arreglo!- le respondió mientras se ponía en pie y tiraba de los brazos de Pierrot para ayudarlo a incorporarse.

Antes de que el muchacho se tomase en serio la propuesta de su prima, escucharon unas voces que se dirigían a ellos desde lejos:

- ¡"BICHO", PIERROT! ¿DÓNDE NARICES OS METÉIS?- El caballero que les llamaba utilizaba el sobrenombre bajo el que se pretendía ocultar la verdadera identidad sexual de Marie a los oídos de guerreros de otras mesnadas.

- Es tu hermano- indicó Pierrot.

- ¡AQUÍ ESTAMOS!, ¡¿QUÉ PASA!- contestó la chica.

El nuevo personaje, un guerrero de edad similar a los anteriores, de cabello negro, tez blanca y facciones delicadas, un tanto flaco y, al igual que su hermana, de escasa estatura, llegó hasta donde estaban los otros dos. El primero aún no se había levantado.

- ¿Qué pasa Paul?- preguntó Marie.

- Llevo un buen rato buscándoos. Padre está herido.

- ¡¿QUÉ?!- dijeron ambos jóvenes a la vez, mientras Pierrot se incorporaba rápidamente

- No, no es nada serio. Una flecha le atravesó la loriga, pero la punta no llegó a penetrar del todo en el muslo, de modo que se la hemos sacado fácilmente. ¡Quiere veros!

- Pero, ¿cuando ha sido?,- inquirió Marie- he permanecido casi todo el tiempo a su lado.

- Al final de la lucha. Había subido a un cubo de la muralla cuando uno de los últimos arqueros que resistían en "la del homenaje" le alcanzó.

- ¿Dónde está ahora?- preguntó Pierrot.

- Nos espera junto al lienzo Este de la muralla. ¡Vamos!

Los tres jóvenes se pusieron en movimiento iniciando el ascenso de la empinada cuesta. En la cima se recortaba la tétrica silueta de las ruinas, alumbradas por la luz

púrpura de los rescoldos. Oscurecía, pero un hermoso cuarto creciente hacía presagiar una luminosa noche. Subían en silencio, escuchando sólo sus pisadas, el roce metálico que producían al bracear, su respiración jadeante, y el crepitar de las ascuas. Marie fue la primera en romperlo:

- ¡Oye Paul!, hoy realmente te has “superado”. Te he visto el último en todo momento, cada vez que volvía la cabeza. Te debería dar vergüenza... ¡sí la tuvieras claro! ¿Has llegado a luchar en algún momento?

- No me hables, menuda bronca me ha echado padre. Esto no va conmigo Marie, tú lo sabes, el combate real me horroriza más de lo que podía imaginar. Y yo estoy harto de disimular.

- Tampoco va con el primo Pierrot, pero por lo menos se le ve en los lugares de mayor peligro y muchas veces es el primero en subir por la escala.

- Pierrot es Pierrot, y yo soy yo, ¿qué le voy a hacer?

- Tienes un apellido, un linaje que defender... ¡Tú veras!

- Yo creo que pasarías más desapercibido siendo el penúltimo, y el peligro viene a ser similar- dejó caer Pierrot en tono irónico.

- Muy gracioso primo. ¿Te ha costado mucho idear el chiste?

Callaron de nuevo; entre otras cosa se hacía difícil hablar con el esfuerzo, y el joven no tenía muchos argumentos para hacer entender a su hermana. Sabía que Pierrot le comprendía a pesar de las bromas.

Pierrot, Paul y Marie formaban un trío muy especial. Habían crecido juntos desde que el primero quedase huérfano muy pequeño. Su tío, el Conde Gerrart “le Flambó”, Señor de Etelnon, le había acogido en su casa y tratado como un hijo más. No era el único sobrino al que había instruido como guerrero pues, como era costumbre muy extendida entre los caballeros francos, tuvo que hacerse cargo de los hijos varones de sus cuñados y los de algunos otros familiares y vasallos, pero el hecho de haberlo adoptado cuando aún estaba en la cuna, convertía la relación entre el muchacho y el matrimonio Flambó en algo muy especial, bastante próximo a la paternidad.

Contra la mencionada tradición de enviar a los hijos propios al cumplir los siete años a casa de parientes próximos, especialmente algún hermano de la madre o bien al señor del cual eran vasallos, para que se encargase de convertirlos en guerreros, el noble optó por formar a su primogénito Paul en su propio hogar, debido, entre otras cosas, a la fragilidad que desde su tierna infancia notara en él. También influyo el deseo de proporcionarle una formación más completa.

La educación de los tres niños había corrido pareja, pues sus edades eran muy similares. El mayor, Pierrot, que contaba ahora veinte años, sacaba dos a Paul y tres a Marie. En su formación habían intervenido especialmente cuatro personas: El Conde, por supuesto, sobre todo con su ejemplo de hombre justo, cabal y austero, además de muy tolerante para la época. La Señora Flambó, mujer muy culta y sensible, que le había aportado sus conocimientos musicales y el gusto por la lectura. El padre Reinaldo, capellán y confesor de la familia, hombre sabio y muy letrado, nombrado tutor de los niños, encargado de enseñarles a leer y escribir, tanto en romance- francés primitivo- como en latín, así como algunas nociones rudimentarias de aritmética, geografía, historia, ciencias naturales y leyes feudales. Y por último, Ferdinand de Artenay, Mariscal de la Casa Flambó, un hidalgo vasallo del Conde, su brazo derecho, encargado de instruirles en todas las artes bélicas, imprescindibles para el cumplimiento de su función guerrera, desde montar a caballo hasta el manejo de la espada.

Pero esta esmerada educación, muy superior a la recibida por otros jóvenes de su época y estrato social, donde era corriente, sobre todo entre los chicos, ser analfabeto,

tenía su contrapartida en las personalidades un tanto desviadas que habían desarrollado los tres, para desesperación del noble Gerrart y su esposa, y escarnio, tanto de los vasallos propios, como de los magnates vecinos.

Así Pierrot, introvertido, reflexivo, irónico cuando hablaba, siempre distraído e indeciso, era el filósofo del grupo. Agnóstico y muy crítico con la religión que oficialmente profesaba, eran sin embargo su piedad, altruismo y rechazo de la violencia, más sinceros e intensos que los de sus primos, aparentemente más religiosos que él.

A Paul, sensible, amable, delicado, de ademanes afeminados, amante del arte y de la música, también le espeluznaba la brutalidad de aquel bárbaro mundo que les había tocado vivir.

Al contrario que Pierrot, que hubiera podido eludir la vida de las armas dedicándose al sacerdocio o ingresando en alguna orden monástica, no tuvo opción de escoger esa alternativa al ser el primogénito del Conde. Aunque probablemente, al igual que su primo pero por motivos distintos, habría rechazado esa única posibilidad. Ello debido a que él, sin duda el más dotado artísticamente de los tres y también el más frágil, prefería la existencia sibarita y sensual, rodeado de refinamientos -dentro de lo que cabe- y sutilezas culturales que encontraba en su hogar, bajo la especial protección de su madre.

Y eso a pesar de la rudeza del adiestramiento militar a que les sometía el caballero Ferdinand con el beneplácito del Conde.

Paul tenía además un grave problema añadido, su tendencia homosexual, hecho que, a pesar de ser evidente, conocido por los allegados, sospechado por muchos y tolerado por la madre, era aparentemente ignorado por el padre.

En cuanto a Marie, aventurera, intrépida, bizarra, tenaz, rompía con el papel femenino que le hubiera correspondido. También aquel era un grave inconveniente que preocupaba especialmente a la señora Flambó pero, sin embargo, parecía del agrado del Conde, que le compensaba de alguna manera del afeminamiento de su hijo, pues no por oficialmente incierto, dejaba de ser interiormente doloroso para él.

Probablemente esa era la causa por la que, contra toda lógica, se había potenciado la inclinación natural de la niña a recibir una enseñanza preferentemente varonil. Que la joven fuera la que más atributos guerreros poseyera y que sus fuertes convicciones católicas la convirtiesen en un modelo de ferviente devota, no la excluía de ningún modo de participar, al igual que su primo y su hermano, del gusto por el conocimiento del arte y la cultura, que reinaba en la pequeña y extravagante corte de los Flambó, linaje peculiar e insólito entre la mayor parte de los clanes francos.

Por estas razones, a pesar de que los tres jóvenes gozaran de buena salud y forma física, fuesen buenos jinetes, y diestros en el manejo de las armas, su papel dentro de la mesnada era bastante discreto, y de ninguna manera el que les hubiera correspondido en su calidad de herederos del Conde. En el caso de Pierrot y de Paul, debido a su escasa combatividad, fruto de su rechazo a la violencia, agravado en el segundo por su falta absoluta de coraje. Siendo el inconveniente de Marie, su escasa estatura y corpulencia, condiciones fundamentales en el combate cuerpo a cuerpo y difícilmente compensadas por la bravura.

Continuaban andando sin decir palabra mientras rodeaban la muralla exterior, derruida en algunos puntos, donde arietes y trépanos, la habían reventado. A través de esas brechas podía verse el interior del castro con los humeantes restos de las frágiles casas, previamente arruinadas la mayoría bajo la lluvia de enormes piedras lanzadas parabólicamente por las catapultas o los fundíbulos. Afortunadamente, la mayor parte de los habitantes no comprometidos con el movimiento de los “Buenos Cristianos”, lo

habían evacuado antes de ser sitiados. Tuvieron que apartarse un tanto para evitar el ardiente esqueleto de una de sus pesadas torres de asalto, que amenazaba con venírseles encima. Aquí y allá, entre los escombros, aparecían cadáveres semidesnudos de enemigos, despojados de cualquier objeto o prenda de valor. Por suerte el fuerte olor a humo disimulaba el hedor de aquellos, algunos muertos hacía días.

Paul y Marie se agacharon casi a la vez a por piedras que arrojar contra unos perros que devoraban uno de los cuerpos. Las pedradas y los gritos les ahuyentaron de momento.

Pierrot prefirió obviar la escena, pensaba en la paradoja que suponía el haberlos matado y ahora mostrar compasión por los despojos. Mientras seguía caminando, interrogó a Paul:

- ¿Se salvo algún defensor?

- Todos muertos. Puede que haya más de doscientos. Mañana los enterraremos.

- ¡Lástima, no podremos quemar a nadie!- dijo Pierrot mirando a la muchacha de reojo y con ánimo de irritarla.

- Bueno...los cadáveres que vistan el hábito negro y no hayan ardidido ahora, serán quemados de todas formas, ya lo sabéis- contestó Paul.

- ¿Y las mujeres?- pregunto Marie, tratando de no caer en la provocación de su primo

- Había pocas; unas murieron en la lucha, las otras más les valía haber muerto en ese momento. También he visto cadáveres de algunos críos que quisiera pensar fallecidos antes del asalto.

- Ahórrate los detalles Paul- dijo Marie temiendo oír alguna truculencia aún mayor.

- ¿No tiene nada que decir tu justa Fe de esta matanza prima?

- Es terrible, pero ¿que tiene que ver nuestra Iglesia, con el hecho de que haya algunos canallas en nuestra hueste?

- ¿Algunos, o más bien la mayoría?

- La mayoría no. Estoy segura de que ningún hombre de nuestra propia mesnada es capaz de cosas así. Nuestro padre los tiene bien enseñados.

- Yo no he visto a ninguno, pero tampoco pondría la mano en el fuego. El mal ejemplo constante puede dar sus frutos- volviéndose hacia su primo le pregunto- ¿Y los nuestros Paul? Creo que no hemos salido muy mal parados, ¿no?

- ¿Te refieres a la hueste en general o a nuestra Casa? Nosotros hemos tenido mucha suerte, aparte de lo de padre, que parece poca cosa, sólo tenemos un herido grave, el escudero Marcel, una piedra le alcanzó en el hombro y debe tener varios huesos rotos, está francamente hecho polvo.

- Pobre hombre, es un buen tío, ojalá que no este sufriendo mucho- apuntó Marie que ya conocía esa baja.

- El resto son heridos leves, gente con cortes y contusiones, nada importante- continuó Paul.

- ¿Y el resto del ejército?- inquirió Pierrot.

- Siete u ocho muertos se comentaba al atardecer, pero mañana habrá muchos más, hay heridos muy graves que no pasaran de esta noche.

Cruzaron por la proximidad de un piquete de infantes que montaba guardia junto a las ruinas. Los peones estaban recostados, descansando y maldiciendo la suerte de que les correspondiese quedar al cuidado de aquel holocausto insepulto, mientras sus compañeros sin duda celebraban allá abajo la victoria. A pesar de la escasa luz, resultaba evidente que no pertenecían a su mesnada. Cesaron en sus protestas mientras veían pasar a los tres caballeros a quienes siguieron un rato con la mirada, sin ni

siquiera devolverles el saludo emitido por éstos; en sus semblantes, podía adivinarse una mezcla de curiosidad y desprecio.

Según oscurecía, los restos del castro empezaban a hacerse más y más terroríficos. Al fin habían llegado al punto de la cita y no veían por allí a su gente, sin embargo, a través de la brecha abierta en aquel lienzo de muralla, pudieron percibir el movimiento de sombras furtivas que merodeaban entre los escombros.

Quizás se tratase de carroñeros saqueadores de cadáveres a la busca de algún objeto de valor que hubiese pasado desapercibido en el primer saqueo, tal vez de algún defensor superviviente, que ahora vagase presa de la locura tras salir del escondite que le salvase la vida o, quizás... ¡las ánimas de los difuntos en busca de venganza!

La imaginación de los jóvenes, desbordada por estos o parecidos pensamientos, les hizo retroceder, separándose prudentemente de aquella pavorosa desolación sin que hubiese mediado palabra entre ellos; no era momento de ponerse a hacer averiguaciones.

Otearon los alrededores y al punto vislumbraron, monte abajo, entre unos peñascos mas allá de la cerca que delimitaba el perímetro del sitio, la trémula luz de una linterna.

- ¡Mirad! Estarán ahí, pero ¿por qué tan retirados?-comentó Paul.

- ¡Vamos, acerquémonos!- respondió Marie.

1.2

La noche ya había caído, pero la Luna creciente, iluminando suavemente el suelo, permitía caminar sin ningún cuidado. Al acercarse más a la luz, pudieron distinguir a un grupo de personas. El Conde, sentado en una roca, estaba siendo atendido por su cirujano, arrodillado ante él mientras terminaba de aplicarle un vendaje, el resto de los presentes estaban en pie a su alrededor. Una veintena en total y todos, excepto uno, eran rostros conocidos. Parientes y vasallos, los principales caballeros de la Casa de Flambó, su clientela armada, estaban allí.

Les extraño ver entre las caras familiares la de su tío Adrien, un monje templario al que raras veces veían, a pesar de formar en el mismo ejército, pues, normalmente, los de su Orden hacían vida aparte y no se mezclaban mucho con los demás.

Presentes y recién llegados cruzaron unos breves saludos y algunas felicitaciones. Marie se acercó y apoyó cariñosamente la mano sobre el hombro de su padre, tratando de no mostrar tampoco demasiado sentimentalismo femenino ante los presentes:

- ¿Cómo estáis padre?- le preguntó.

- ¡Bien hija! Esto no es nada, me las he visto con heridas bastante más feas. Ésta... casi me da risa.

Pierrot y Paul se habían quedado más atrás. Aunque ambos apreciaban muchísimo a su tío y padre respectivo, tenían motivos para sentirse enojados con él: ambos estaban en esta campaña muy a su pesar y Paul, en concreto, acababa de recibir un buen rapapolvo por su bochornosa actuación durante la jornada.

Era el noble un hombre de unos cuarenta años, de pequeña estatura y entrado en carnes, pero muy fornido, con anchas espaldas. Una espesa y rizada barba negra y una grave voz, le daban cierto aire fiero, a pesar de la dulzura de su mirada. Pero la afabilidad de su trato y su carácter bonachón, acababan desmintiendo esa primera impresión.

- ¡Mirad hijos!, os tengo que contar algo muy importante- movió la cabeza escrutando en todas direcciones por si hubiese algún extraño en los alrededores, siendo

imitado por el resto de los presentes- Pero, antes que nada, os presentaré al hidalgo Bernard de Fanjeaux- señaló hacia el personaje desconocido- Es pariente del Conde de Almir, pero lucha a nuestro lado en contra de la herejía.

Los tres le reconocieron entonces. Le conocían de vista, durante el sitio no se había apartado del caudillo Simón de Montfort. Se comentaba que era un traidor ex-albigense al servicio de la Cruzada, de la misma sangre que el infame señor protector de herejes cuyo castro acababa de ser asaltado, su propio hermanastro al parecer.

Pierrot, no pudo reprimir el deseo de hacer una exagerada reverencia:

- Señor, ¡es un honor!-dijo con tono sarcástico.

El aludido le miró con total indiferencia

- ¡Bien, la colaboración de este hombre ha sido fundamental para nuestra causa!- explicó malhumorado el Conde mientras miraba a su sobrino- Espero, ¡de todo el mundo!, que se le dé el trato adecuado a su alcurnia, y le mostremos el agradecimiento merecido por la ayuda que nos presta. ¡¿Te has enterado “gracioso”?!

Calló un momento mientras parecía reflexionar sobre lo que iba a decir a continuación:

- Tenemos motivos para pensar que el Conde de Almir ha escapado.

- ¡Imposible!-exclamó Marie- ¡Le habríamos visto padre!

- Dijísteis que debía haber muerto aplastado al derrumbarse el techo del sótano- afirmó Paul.

- ¡Os cuento!-respondió el Conde- Estábamos luchando en los alrededores de las caballerizas poco después del hundimiento que di por hecho había sepultado al ilustre hereje y a su familia, cuando me extrañó oír a un moribundo preguntar por su señor. Me acerque a él. En su delirio, parecía estar contándole a alguien que creía ver, algo así como que ya estaba terminada la obra y que se diera prisa en partir. No pude entender mucho más y era inútil interrogarle, pero algo pasó por mi cabeza y corrí por el patio de armas en dirección al cubo de la muralla que tenía más próximo y que afortunadamente habían respetado nuestras catapultas. El hidalgo Bernard, que casualmente estaba a mi lado, y fue testigo de la escena que os acabo de contar, corrió tras de mi sospechando algo parecido- el caballero occitano asentía con la cabeza corroborando cuanto decía el Conde de Etelnon- Al llegar arriba, empezamos a escudriñar el horizonte en todas direcciones y, efectivamente, en lontananza pudimos ver un grupo de jinetes que se alejaban hacia mediodía, ascendiendo las colinas que cierran el valle por esa parte- señaló por detrás de él- En ese momento es cuando me alcanzó esa puta flecha.

Gerrart Flambó interrumpió su argumentación para tomar aliento, y al mismo tiempo dejar crecer la atmósfera de incertidumbre que se estaba formando. Todos guardaban silencio. Entretanto agarró la bota de vino que tenía al costado, y tras echar un generoso trago, la cedió al hombre que tenía a su derecha, haciendo ademán de que bebiese y la pasase después al siguiente, luego continuó hablando.

- Bien, lo grave del asunto es que, aparte del peligro que como enemigo representa este guerrero, probablemente se haya llevado consigo la Sagrada Reliquia y el tesoro que acumularon los obispos herejes como reservas con que sostener su causa. Que quede claro que todo esto no son más que suposiciones mías y del hidalgo Bernard, indemostrables en tanto no procedamos a remover los escombros que cubren el sótano.

El Conde hizo una seña a uno de los caballeros que tenía detrás y éste cogió la lamparilla del centro del grupo y caminó con ella unos pasos en dirección a las grandes peñas que les ocultaban la vista del castillo. Al iluminarlas mejor, se podía entrever por debajo de ellas, en medio de un montón de tierra removida, la oscura boca de un estrecho túnel.

- Después de la toma de la fortaleza,- siguió hablando el Conde- una vez

concluida la lucha, bajamos el hidalgo y yo, ayudado por algunos compañeros aquí presentes, a revisar esta zona de la ladera y, ¡mira tú que cosas! ¡helo aquí!, hemos encontrado la salida- se giro hacia su izquierda para señalarla.

- ¡Asombroso!- exclamó Pierrot mientras se acercaba unos pasos- Creía que estas cosas sólo suceden en los cuentos.

- ¿Han podido pasar por lugar tan angosto, con los caballos?- interrogo Marie.

- Así parece, hija. Resulta sorprendente, pero el caso es que se pueden apreciar claramente pisadas humanas y huellas de herraduras. Nos hemos adentrado un tanto y la verdad es que el túnel se ensancha considerablemente, pero el último tramo, o los han hecho caminar de rodillas... o no me lo explico.

- ¿Pero que longitud puede tener, lo ha recorrido alguien?- preguntó Paul.

- Calculamos que si avanza en línea recta hasta el castillo, deben haber excavado al menos trescientos pasos. En cuanto a recorrerlo, te estabamos aguardando a tí para que lo explorases- las palabras del Conde provocaron la risa explosiva de más de uno y la sonrisa contenida del resto de los presentes.

- Suponemos que lo han estado cavando durante el sitio,- continuó hablando el noble, sin poder evitar un gesto de dolor y llevarse una mano al vendaje cuando se giraba para hacer de nuevo frente al grupo- y, o bien lo terminaron hoy mismo, o han esperado hasta el último momento para abrirlo, aprovechando justamente la confusión del asalto final, a fin de que no nos percatásemos de la fuga.

- Pero, ¿es posible en un caballero cristiano tal vileza?, ¿tal cobardía?, ¿cometer la villanía de dejar morir a los suyos, mientras él escapa a escondidas?- comentó Marie.

- ¡Ni es caballero, ni es cristiano! No te olvides de que se trata de un perro al servicio de Satanás- le contestó uno de los presentes.

- Probablemente haya tenido motivos poderosos para obrar así- justificó Bernard de Fanjeaux ante la sorpresa de todos- Esa reliquia y ese tesoro son fundamentales para la causa que defiende; tal vez...- El Conde no le dejó terminar.

- ¡Volvamos al tema que nos preocupa caballeros! El hidalgo Bernard y yo, hemos llegado a la conclusión de que, aunque no estemos seguros de que sea el propio aristócrata quien ha escapado, ni de si llevaba consigo ambos tesoros, el espiritual y el temporal... ni siquiera de que estos existan- estas últimas palabras las pronuncio el noble como para sí- es evidente que gente del castro ha huido y es necesario darles alcance. No podemos consentir que se conviertan en nuevos proscritos y acaben engrosando la partida del bosque de Lauguerais.

Guardó silencio y volvió a darle otro tiento a la bota que, terminada ya la ronda, había vuelto a sus manos, luego, tras frotarse la zona herida, continuó:

- Tras meditar el asunto, hemos decidido no informar de momento a nuestro caudillo. Y ello por dos razones que quiero haceros saber: La primera, y que nos va a servir de excusa, es que no estamos seguros de quienes son los fugados, tal vez nadie digno de consideración. La segunda, y realmente importante, ya que la Providencia a puesto en nuestras manos el ser los únicos testigos del hecho, creemos que es justo que sea la Casa de Flambó la que tenga el privilegio y el honor de alcanzar a los prófugos.

Otro tiento a la bota, que volvió a pasar al caballero de su derecha, y un nuevo momento de mutismo para, a continuación, en tono grave, anunciar a los presentes su decisión:

- ¡Hijos, sobrino!, he pensado dejar este asunto en vuestras manos. Al amanecer saldréis tras el Conde de Almir, o quien quiera que sea, les daréis alcance, les arrebatareis la Sagrada Corona y el oro, si es que los portan, y volveréis a casa victoriosos, cargados de gloria y también de riquezas... si es el caso.

Se hizo un silencio ahora sepulcral, la noticia cayo sobre los jóvenes como un

jarro de agua fría, los latidos de sus corazones se dispararon y, tras el estupor inicial, el impacto generó en los tres emociones encontradas: La angustia de Paul contrastaba con la ansiedad de Marie, mientras que Pierrot se mantenía expectante, no sabiendo si pensar que había oído mal o se trataba de una broma de las que su tío era tan aficionado.

El Conde escrutaba sus rostros para confirmar por sus gestos, lo que de antemano sabía estaba pasando por sus cabezas. Después de unos momentos, prosiguió:

- Por supuesto no iréis solos, vuestro tío Adrien, y el propio Mariscal, os acompañarán- oír aquello supuso un alivio instantáneo para los tres- También ira el hidalgo Bernard, pues me parece imprescindible su participación en esta empresa, conoce personalmente al despreciable noble y a sus allegados, amén del derecho que como privilegiado testigo ha adquirido. Además os llevaréis a vuestros escuderos personales, uno por cabeza, y otro tanto harán los señores Ferdinand y Bernard. Esto hace un total de...- le interrumpió un anciano caballero.

- Señor os ruego consideréis mi petición.

- ¡Ah!, no me olvido de ello, he considerado que vuestra experiencia puede ser una importante aportación. El caballero Charles también irá en la expedición.

En ese punto algunos guerreros comenzaron a parlotear a la vez con ánimo de solicitar ser incluidos también en la cabalgada.

- ¡YA HE DICHO QUIEN IRA Y QUIEN NO!- dijo el Conde de forma tajante, alzando la voz- ¡Charles de Dreux será la única excepción!

Todos guardaron silencio, entonces siguió hablando en un tono más sosegado:

- Señores, desearía que comprendieseis que para llevar a cabo mi plan es necesario actuar sin llamar la atención, ¿no podemos ir todos! Por otro lado, he pensado en dotar a cada jinete de un caballo de respeto para poder ir relevando a los animales y así cabalgar sin descanso hasta dar alcance a los fugitivos. Por ello, teniendo en cuenta el reducido número de cabalgaduras útiles de que disponemos en este momento, me veo incluso en la pesadumbre de pedir a algunos de vosotros que prestéis las vuestras. Soy consciente del dolor que esto os va a causar, pero no veo otro remedio.

Un murmullo de protestas se elevó entre los presentes y Gerrart Flambó, comprensivo, esperó pacientemente a que menguase.

- Pero, tío, ¿seremos suficientes? ¿De cuántos fugitivos estamos hablando?- preguntó Pierrot, que no tenía pelos en la lengua para decir lo que otros pensaban pero no se atrevían a exponer.

- Apenas me dio tiempo a contarlos, pero creí ver unos ocho o diez. El hidalgo Bernard dice que alguno más- el aludido, aún molesto por la anterior interrupción del noble, se limitó a asentir con la cabeza, con cara de pocos amigos- En todo caso, estudiando los huellas que aparecen a la salida del túnel, aunque no son poco confusas, se aprecian algunas de calzado de mujer, y pocas en cambio de calzas de malla o esarpes. De una y otra cosa deducimos que no van en el grupo más de tres o cuatro guerreros, el resto serían mujeres, criados o sacerdotes, civiles al fin y al cabo. Vosotros sois: tres y dos cinco- ayudándose con los dedos para contar- más otros tantos escuderos, diez. Doce con vuestro tío y Charles. Doce contra... ¿cuatro? ¿Tranquiliza eso tu atribulado espíritu?

La pregunta del noble iba más bien dirigida a Paul que a Pierrot, aunque la cuestión se la hubiera formulado el segundo. Éste, con su proverbial estoicismo, soportó sin inmutarse algunas risas de los presentes, entre ellas, la siempre estrepitosa carcajada de su maestro, el Mariscal Ferdinand. Cuando terminó la chanza, Paul al que las burlas afectaban bastante más que a su primo, se atrevió sin embargo, aunque balbuceante, a exponer en público sus inquietudes, y sentenció:

- Sí se trata del Señor de Almir, tiene fama... de ser un gran guerrero.

- Te garantizo que no mejor que tu tío y tu maestro- le respondió ásperamente su padre- De todas formas, si una vez establecido contacto con los fugitivos no lo tenéis claro y os sentís en inferioridad de condiciones, pues no les presentéis batalla, limitaros a seguirles muy de cerca, hasta que os alcance la partida que se formará sin duda en cuanto informe al Señor de Montfort.

- Nos bastaremos solos Gerrart, pierde todo cuidado- le respondió su amigo, brazo derecho y lugarteniente, Ferdinand.

- Lo sé “Ferdí”, confío en vosotros- respondió mirando a su primer caballero con complacencia, a continuación se dirigió a su hija- ¡Marie, tu dama de compañía irá contigo!

- Pero, ¿qué decís padre?- protestó la muchacha avergonzada.

- Lo que has oído. Es una buena amazona, ¿no?

- Si, pero es una expedición militar, y... va a ser breve, y...- no la dejó acabar.

- ¡No hay peros que valgan! ¿He hablado claro?

- Así se hará padre- respondió la muchacha visiblemente contrariada.

- Nuestro Capellán también os acompañará. Quiero que se haga cargo personalmente de la Sagrada Reliquia si llegara el caso. Además, os dará asistencia espiritual durante la cabalgada. Luego hablaré con él. También iréis vos François- comunicó a su cirujano, quien puso gesto de sorpresa.

- Señor, creo que soy más necesario aquí, puedo ayudar a mis colegas a atender a los muchos heridos que tienen otras mesnadas.

- Yo creo lo contrario. De dar alcance a los fugitivos, estos no se van a entregar sin lucha, y prefiero que estéis allí, con los nuestros. Puede haber heridos...

- Os ruego lo reconsideréis, Señor.

- No lo voy a reconsiderar, está decidido.

- Ésta medida es razonable Gerrart, pero lo del cura..., si que te pediría que lo estudiases- le solicitó Ferdinand.

- ¡Bien! Es lo que tenemos “Ferdí”, y no vamos a prescindir de sus servicios por incompetente que parezca. Lo único es... que hay que estar un poco pendiente, eso es todo- se volvió hacia el hombre que tenía a su espalda, su Mayordomo y tercer jefe de la mesnada- ¡Salemon!, les acompañará uno de los cocineros y les suministraremos provisiones para varios días, hay que contar con el regreso y que puedan tomar algún prisionero. Además algo de dinero.

- No te preocupes Gerrart, me encargaré de que todo esté a punto.

- No sé si me olvido de algo...

- Dado el número de caballos con que se van a juntar, al que habrá que añadir algunas mulas para la impedimenta y las provisiones, no estaría de más que les acompañase algún mozo de cuadras para ayudar a sus cuidados- le respondió el Mayordomo.

- ¡Buena idea! Mandaremos al Caballerizo mayor, ¿por qué no?, aquí va a hacer poca falta. También os llevareis a mi paje, ya sabéis lo espabilado que es ese chiquillo, a veces pienso que es el más listo y cuerdo de toda la mesnada- la gente rió la ocurrencia- Os puede prestar alguna ayuda.

Volvió a dar otro trago de la bota, que entre tanto había regresado a su poder, y, después de limpiarse el embozo con el dorso de la mano, prosiguió hablando:

- Veamos, tenemos entonces doce por un lado, más el médico, el cocinero, mi paje y la Sra. Madelaine- contó de nuevo haciéndose un pequeño lío con los dedos.

- Dieciséis, padre- se anticipó Marie.

- ¿Me falta alguien?

- El Capellán y el Caballerizo- le recordó Ferdinand de Artenay

- Bueno, pues dieciocho personas, así que hacen falta un total de...
- Treinta y seis caballos, padre- se volvió a anticipar Marie.
- ¿Tendremos tantos en buenas condiciones?- preguntó volviéndose hacia el Mayordomo Salemon.

- Capaces de soportar un esfuerzo prolongado como ese..., tengo mis dudas.
- Si es necesario se podrían comprar a otras mesnadas- afirmó otro de los caballeros presentes.

- Harían preguntas...- le respondió Salemon.
- Tened en cuenta que no os hace falta disponer de tantos.- intervino Bernard de Fanjeaux- Los cuatro que corresponden a mi escudero y a mi, los apporto yo, y alguno más si es preciso.

- En eso no habíamos caído. ¿Qué te parece?, ¿solucionado el problema?- preguntó de nuevo el Conde a su administrador e intendente.

- Yo creo que sí. Alistaremos los treinta y dos caballos restantes echando mano de todos los que se encuentren en condiciones de caminar durante horas y galopar llegado el caso, ya sean corceles, rocines o yeguas. Por supuesto teniendo en cuenta el tipo de animal que precisa cada cual, y procurando asignar a cada dueño los suyos propios.

El noble parecía ahora meditar sobre algún asunto aún no tratado, con sus brazos cruzados y mesandose la barba con una de sus manos, el resto le miraba expectante. Dijo por fin:

- En cuanto a ti, Adrien, ¿qué hacemos contigo?
- Tan solo se me ocurre que le cuentes que vi la fuga y salí tras ellos... ¡a pie, corriendo!- le respondió su cuñado, el caballero templario

- ¿Eso es verosímil? ¿Se lo tragará tu Preceptor?
- No lo se, pero... y si no, ¿qué? Lo malo de todo es que no podré llevar ninguno de mis caballos, ni recoger mis objetos personales, ni tan siquiera mí lanza. ¡Y que decir de mis hermanos sirvientes!

- No te preocupes por eso, te proporcionaremos todo lo necesario, y en cuanto a caballos, te vas a llevar los mejores, los míos.

- ¡Pero ahora que estás herido los necesitas más que nunca!
- Tú tranquilo, ya me servirá cualquier borriquillo- sonrieron los presentes.

- Pues en la mesnada vecina están sobrados de ellos- soltó el hidalgo Ferdinand, levantando ahora carcajadas entre la concurrencia.

- No conviene que pases ahora por el campamento- continuó el Conde considerando el asunto del templario- pues tu coartada se vendría abajo. ¿Qué vas a hacer entonces?

- No hay ningún problema cuñado: Me pongo ahora mismo en marcha y mañana me recogen en aquella ladera- señaló la masa negruzca que se percibía hacia el Sur- en la dirección por donde decís escaparon los herejes.

- Si, por allí les vimos desaparecer, y probablemente han tomado ese camino con la pretensión de ganar la calzada de Toulouse. Si consiguen llegar a ésta plaza antes de que los cojamos, se resguardarán en el ejército del Rey Pedro, estarán a salvo y nosotros habremos fracasado a pesar de todos los esfuerzos- comentó el Conde.

- No deja de ser mera especulación ¿Qué os hace pensar que no sean otras sus intenciones?- preguntó Bernard de Fanjeaux en un tono desabrido.

- Realmente no estoy en disposición de asegurar nada, pero sin duda es la mejor baza de los fugitivos. Toulouse, hoy por hoy, reforzadas sus milicias por los caballeros aragoneses y catalanes, es inexpugnable- contestó Gerrart Flambó sosteniendo firmemente su mirada a la del hidalgo occitano con ánimo de turbarle- ¿Se os ocurre

otra alternativa mejor?

Bernard no respondió, pero el Conde creyó captar un brillo especial en sus ojos y por un instante fue él mismo el que se intranquilizó por la compañía que estaba proporcionando a su gente. Pero allí concluyó la polémica, quedando todos callados, cada uno con sus propias reflexiones internas.

- Pero tío Adrien, ¿os iréis así, sin comer nada, sin descansar después de una jornada tan dura, en plena noche?- le interrogó Marie, haciendo que arrancase de nuevo la conversación- Ni siquiera tenéis vuestro manto.

- Por la Gloria de Nuestro Señor, sobrina, he acometido empresas más complicadas. No tenéis de que preocuparos. Pero... ¡por vuestro padre, no faltéis a la cita de mañana!

Todos rieron ante el tono en que pronunció el templario la última frase. En realidad, conocían el duro entrenamiento a que sometían cuerpo y mente aquellos monjes guerreros, así que las palabras de Marie eran más un cumplido que otra cosa.

- ¡Padre!,- la muchacha cambió de tema tratando de atar un cabo que le parecía suelto- ¿no habéis pensado que sería buena idea llevar a los perros?, puede que en algún momento se complique el seguimiento y...

- No hija, no es buena idea, ya lo he pensado. No se si aguantaran el ritmo que debéis intentar dar a los caballos, y tampoco quiero que pongan con sus ladridos en sobre aviso a los herejes, sería muy fácil que os tendiesen una emboscada. Además, creo que por diversos motivos los fugitivos os van a dejar un rastro muy claro.

- ¿Que motivos?

- Es obvio: tienen prisa, no saben que saldremos tras ellos, son un grupo numeroso, encima montado, parece además que van muy cargados... ¿Quieres que siga? No obstante, te puedes llevar al pequeño “Polisson”, pero tendrás que cargarlo en la grupa y ponerle bozal en los momentos más comprometedores.

- ¡Si padre, lo llevaré!, creo que nos hará compañía y a lo mejor hasta nos saca de un aprieto.

El Conde sonrió ante la ingenuidad de su hija mientras la observaba con cariño. Al tiempo hacía un esfuerzo para incorporarse, dando con ello por terminada la reunión. El médico le ayudó. Una vez en pie, levantó una mano con el dedo índice extendido como para dar una última indicación:

- Ahora bajaremos todos, claro excepto tú, Adrien, al campamento. Los que partís mañana, cenáis, recogéis vuestras cosas personales y os acostáis, sin preocuparos de nada más. Los que nos quedamos, trabajaremos lo que haga falta para tenerlo todo a punto al amanecer. Una última cosa: supongo que no es necesario decir que todo cuanto aquí se ha dicho es secreto, que queda entre nosotros. Ni siquiera se lo contaréis a las personas que os van a acompañar hasta después de la salida.

Fray Adrien de Quercy se despidió de sus familiares y del resto de caballeros, tras lo cual recogió sus armas, yelmo y escudo, y partió caminando monte abajo. Vieron los presentes como su blanca túnica iba desapareciendo en la oscuridad de la noche según se alejaba.

- ¡Suerte Adrien!- gritó el Conde mientras le veía distanciarse.

Los dos caballeros más corpulentos hicieron una silla con sus brazos donde se acomodó Gerrart, a quien el médico había recomendado no forzar la pierna. Otros recogieron las armas de su Señor, y, todos juntos, iniciaron el penoso regreso al campamento, rodeando la falda de la colina donde se alzaba la malograda fortaleza. Abría la marcha el Mayordomo Salemon sosteniendo la única luz que portaba el grupo.

El cansancio acumulado después de la durísima y calurosa jornada, durante la cual, habían luchado sin apenas interrupción desde los primeros rayos de Sol,

soportando el peso de armas y armadura, se dejaban ahora sentir sumándose al hambre y al sueño, y por eso caminaban como sonámbulos, sin pronunciar palabra, ensimismados con sus pensamientos.

1.3

Según bordeaban el monte, la panorámica del valle se iba ampliando, descubriendo la iluminaria del inmenso campamento. Las enormes tiendas cónicas multicolores, iluminadas desde dentro por los candiles y linternas, mientras fogatas y antorchas hacían otro tanto en el exterior, cuajaban el valle de luz y color, dándole un aspecto fantástico, tan distinto a la sórdida realidad que representaba.

El silencio reinante durante las misas de acción de gracias, sólo roto por el cántico de salmos y la recitación de plegarias, había dado paso a los bulliciosos preparativos de los festejos con que las distintas mesnadas celebrarían la victoria. El olor a asado inundaba el valle. El murmullo de conversaciones y el son de músicas iban intensificándose paulatinamente.

Tardaron un buen rato en llegar al ancho puente de madera que, tendido sobre un pequeño río, daba acceso a una de las entradas al acantonamiento. Dos centinelas, más atentos a lo que ocurría de puertas adentro que a la vigilancia exterior, se percataron de la llegada del grupo cuando ya lo tenían encima, entonces les dieron el alto:

-¿QUIÉN VIVE?

-¡LA CASA DE FLAMBÓ!- Respondió el Mariscal Ferdinand con su potente vozarrón.

Los vigilantes les dieron paso franco, sin pedir contraseña alguna, más por la actitud decidida del grupo, que porque hubiesen reconocido a alguno de sus componentes.

Tuvieron aún que andar un buen trecho para llegar a sus tiendas, situadas en el extremo Norte. Por todas partes habían comenzado los distintos festejos, conforme a las tradiciones de los muchos clanes, procedentes de media Galia, que componían la hueste católica.

Los cruzados comían y bebían, vociferaban comentando las exageradas proezas que al parecer todos habían llevado a cabo durante la jornada, escuchaban las músicas y recitales de los juglares, reían ante los juegos y truhanerías de los bufones, y, más tarde, según subían los niveles de alcohol en sangre, entonaban obscenas canciones de borrachos, bailaban, porfiaban entre ellos y algunos acababan riñendo por disputas absurdas.

También los había que lloraban con el recuerdo de sus seres queridos o por el compañero caído, mientras otros hacían cola en la puerta de ciertas tiendas situadas en la periferia del campamento, esperando turno para, por un módico precio, fornicar con las barraganas que seguían al ejército.

Por el camino, en mitad del campamento, pero con la necesaria reserva, se despidió del Conde el caballero Bernard de Fanjeaux que se dirigía hacia sus carpas.

-¡Al amanecer en mis tiendas!- dijo Gerrart Flambó- Oiréis Misa y después partiréis. Y recordad, ¡ni una palabra a nadie!

-Por la cuenta que me trae.- respondió el hidalgo.

Por fin alcanzaron sus dependencias. Las gentes del Conde le aguardaban para comenzar la segunda parte de la celebración, la misa ya había terminado.

Todo el mundo preguntaba a los recién llegados sobre la importancia de la herida del patrón y el motivo de la tardanza. Estos aclaraban el primer punto y sobre el

segundo respondían con evasivas o simplemente guardaban silencio, al menos en los primeros momentos, en público, porque a lo largo de la noche, como todo buen secreto que se confíe a unos pocos, acabó sabiéndolo todo el mundo. Eso sí, no salió de la mesnada.

También les informaron nada más llegar que el Señor de Monfort había anunciado que próximamente levantarían el campamento y la hueste se replegaría hacia su base de Muret. Al parecer temía que las tropas de los herejes y sus aliados asaltasen la fortaleza prácticamente indefensa. No obstante, el día siguiente, domingo, sería jornada de obligado descanso y los guerreros aprovecharían para recuperar un poco sus menguadas energías.

Sin más dilaciones, el Conde dio permiso para empezar a servir la cena y, tras las bendiciones de rigor, comenzó el reparto.

El menú era extraordinario, como correspondía a día tan señalado en que se había coronado con éxito aquella campaña. Durante el evento, la gente charlaba animadamente contando cada uno sus experiencias y anécdotas del asalto, no faltaban tampoco los fanfarrones. Comían repartidos en grupos, respetando relativamente sus estratos sociales pero sin la excesiva rigidez impuesta en otros clanes, repartidos por toda la explanada central que delimitaban sus tiendas. En medio de ésta, en dos pequeños montones, se distribuía el exiguo botín obtenido ésta vez, esencialmente armas y ropajes arrebatados a los cadáveres, aún a falta de ponderar y repartir

Se sucedieron imágenes idénticas al del resto de las mesnadas: juglares tañendo sus instrumentos musicales, bufones haciendo gracias, malabaristas y acróbatas con sus atracciones, vehementes conversaciones que, en proporción directa a la cantidad de vino ingerido, iban ganando intensidad... Pero aquí, todos los que estaban al corriente de lo que se cocía, tuvieron especial cuidado en que no se acabase desmadrando el personal.

Tras la cena, el Conde insistió discretamente en que los expedicionarios se retiraran a descansar, tanto los que oficialmente sabían el motivo de la misión, como los que en teoría lo desconocían aún. Era casi medianoche y no les quedaban más que unas breves horas para intentar recobrar sus menguadas fuerzas.

Aún tuvieron que, antes de acostarse, preparar su equipaje, repartiendo sus escasos objetos personales y alguna muda entre sus alforjas y zurrón de costado. También habrían debido dedicar un momento a la limpieza de sus armas, pero fueron persuadidos de que otros lo harían por ellos.

Entretanto, Gerrart Flambó organizó los preparativos: los peones, escuderos y una parte de los caballeros continuaron con la fiesta, como si nada ocurriese, mientras que el resto de los caballeros y un nutrido equipo de menestrales se ponían manos a la obra para poner a punto todo lo necesario para el éxito de la empresa.

Los cocineros, excepto el designado para acompañar a los expedicionarios, se afanaban ante los fogones preparando las viandas encargadas por el Mayordomo. Los herreros repasaban las herraduras de los animales que participarían en la cabalgada, y aprestaban las armaduras, sacando golpes en los yelmos, y reparando desgarrones de las cotas de malla. Tampoco olvidaban rectificar los mellados filos de espadas y hachas. Los guarnicioneros ponían a punto atalajes y sillas de montar. Las costureras se afanaban arreglando descosidos y sietes. Incluso había criados encargados de retocar la pintura de los escudos una vez restaurados por carpinteros y guarnicioneros. Y todo ello para que hasta el último elemento estuviera en perfecto estado de utilidad, sin faltar detalle.

Y allí estaba el patriarca, en todas partes, apoyándose sobre una improvisada muleta mientras caminaba con dificultad, pendiente de todos los trabajos, aunque hubiese encargado la supervisión de cada tarea a un caballero, ¡se jugaba tanto en esta

aventura! No paraba de beber, en contra de su acostumbrada sobriedad, pero, entre el dolor que le causaba la herida y las preocupaciones que le acosaban, creía no tener otra válvula de escape.

¿En qué lío se estaba metiendo? ¿Sería su familia capaz de llevar a buen término la empresa? No confiaba mucho en sus hijos ni en su sobrino, pero contaba con su cuñado el templario, y con su mejor caballero, su paladín y buen amigo, Ferdinand. Ambos eran la flor y nata de las huestes de Simón de Montfort, o al menos así lo consideraba él. “No solo eran los mejores guerreros, sino los de más elevado espíritu, los más valientes, los más prudentes, los más... ¿No estaría sobre valorándolos? ¿Y si le pasaba algo a su prole? No podría nunca perdonarse así mismo. ¿Que sería de su esposa?, ¿podría soportar ese disgusto?”

Bien sabía Dios que solo lo hacía por ellos. No era por su propio honor, sí fuera por eso habría ido él mismo, con peores lesiones había cabalgado y combatido. En este caso la herida solo le servía de excusa para no ir en la expedición, y así dejar en manos de su familia toda la gloria que pudiera derivarse de la hazaña. Por dinero tampoco; gracias al reparto continuo de botines durante esta campaña, su situación económica en esos momentos era muy desahogada.

Veía en esta aventura, aparentemente exenta de graves riesgos, la posibilidad de que la vida proporcionase a su progenie una lección magistral que hasta ahora él no había sabido darles, siempre amparados por su madre, cuando estaban en el hogar, o bajo su propia protección, cuando estaban lejos de aquel.

Quería que su hijo mayor se convirtiese en un hombre de provecho, digno del apellido que ostentaba; que su hija abandonase el camino de las armas y se transformase en una auténtica dama; que su sobrino pusiese los pies en el suelo y cesara de andar por las nubes; y, en definitiva que, al realizar una hazaña que les cubriese de prestigio, dejaran de ser el hazme reír de parientes, vasallos y, en general, de todos aquellos que les conocían.

“Y afortunadamente éstos no eran demasiados, pues algunas de sus “rarezas” podían ser tomadas como auténticos delitos dentro de aquella cerrada sociedad feudal”.

Poco a poco fue decayendo el ambiente festivo en el gran campamento, iban menguando los cánticos y las músicas, las acaloradas conversaciones perdían intensidad, las luces del interior de las tiendas y las fogatas se apagaban, quedando las imprescindibles antorchas para iluminar tenuemente las calles.

El cansancio de la jornada y el volumen de alcohol ingerido terminaban prematuramente con la diversión. Pronto quedaría todo en silencio, para alivio de los casi dos centenares de sufrientes heridos repartidos por las numerosas mesnadas, así como para los que les asistían, y también de aquellos otros a los que, por lamentar la muerte de algún buen camarada durante el asalto, o la lejanía de su familia, les sobraba toda celebración.

Pero en las carpas de los Flambó, continuaba el jolgorio, alargado de forma artificial para encubrir la frenética actividad que se llevaba a cabo en su interior.

Para los expedicionarios era casi imposible conciliar el sueño, entre el ruido de la fiesta y el trajín de los preparativos, a lo que había que sumar el que sus cabezas no parasen de dar vueltas al asunto. Varios de ellos quisieron colaborar ante la inutilidad de intentar dormir, pero el Conde fue tajante, prefería que permaneciesen en sus lechos, así al menos descansarían.

Los tres jóvenes Flambó eran presa de su alocada imaginación, que fustigada por la incertidumbre de la empresa, les hacía representar a cada uno las fantasías que más temían o anhelaban.

Marie se emocionaba pensando en las nuevas aventuras y excitantes experiencias que iba a correr.

Paul, sin embargo, embargado por la angustia, sentía miedo por las luchas violentas que preveía, por las privaciones y sufrimientos que podían presentarse; solamente le reconfortaba la idea de que su “amigo” y compañero, el escudero Jacques, vendría en aquel viaje gracias a la benevolencia de su padre, un tanto inexplicable, dado lo mal que le sentaba aquella equívoca relación, por mucho que fingiera no enterarse.

En cuanto a Pierrot, su actitud ante la aventura era un poco ambigua, por un lado le fastidiaba su inclusión en esta especie de jauría, a la caza de una gente que él consideraba inocente, pero, por otro lado, también lo veía como una ocasión de liberarse de todo cuanto representaba aquella horrenda cruzada, de emanciparse de aquellos líderes sanguinarios, a los cuales servía su propio tío. Era el momento de empezar a obrar bajo su responsabilidad y de acuerdo a su propia moral.

La presencia de su pariente, el monje templario, de su maestro de armas, Ferdinand, y del nuevo capellán, el padre Johannes, pensaba que no iba a representar un gran obstáculo al cumplimiento de sus expectativas, al menos sería escuchado y tenido en cuenta.

Por supuesto que en la mente de los tres, aparte del pensamiento principal que prevalecía según el carácter de cada joven, tenían cabida las otras emociones, aunque en menor proporción, de modo que la alegría, la incertidumbre y el miedo se iban alternando.

Finalmente se fue haciendo el silencio, también en el sector de los Flambó. Todos los trabajos se fueron terminando y los criados, extenuados, se fueron retirando a reposar. Previamente ya habían hecho lo mismo, peones y escuderos, cuando se había dado por terminada la fiesta. Solo algunos, más allegados a los que partían, con ánimo de despedirse, u otros simplemente más curiosos, permanecían levantados.

Los treinta y dos caballos aprestados, a falta de los cuatro que finalmente aportaría Bernard de Fanjeaux, permanecían alineados en la plaza interior, ya ensillados y listos para la marcha. Dieciséis corceles y cuatro palafrenes para los caballeros y escuderos, siete rocines y cinco yeguas para el clérigo, el cirujano y los criados. Se había echado mano de las caballerías en mejor estado de salud de que disponían, y la verdad es que, de haber sido necesario, no habrían podido reunir muchos más en condiciones de resistir una cabalgada prolongada.

El problema de carestía de estos animales, que afectaba de forma alarmante a la mesnada, se derivaba fundamentalmente del hecho de no haber recibido aún una remesa de caballos domados que, con objeto de cubrir bajas, debía llegar procedente de Etenon de un momento a otro.

También se encontraban aparejadas doce mulas, embastadas con media carga, para que fuesen capaces de mantener el paso de los demás equinos. Portaban todo lo que se había considerado necesario para el buen término de la misión.

Provisiones de boca para una semana, pensando tanto en los miembros de la patrulla como en los posibles prisioneros: Hogazas de pan blanco y de pan negro, cecina y tocino salado, sardinas secas, queso, nabos, guisantes, repollos, cebollas, ajos, manzanas y melones. También vino, manteca, sebo, vinagre, sal, pimienta, canela, mostaza y miel. Amén de un plato extraordinario para la primera jornada que los cocineros ultimaban en el horno.

Igualmente se dispuso que no faltase el avituallamiento de los animales: Cebada, habas secas y sal, para complementar el alimento, aún abundante, que encontrarían en los pastos de aquellas zonas. Incluso se añadió la grasa necesaria para el mantenimiento

de las pezuñas.

Esteras de mimbre, jergones de paja y cobertores de piel de cordero o conejo para vivaquear a la intemperie, junto con algunos toldos ligeros con que montar tiendas de circunstancias si la lluvia les sorprendía. Antorchas, candiles y hasta tres linternas de aceite con su correspondiente reserva de combustible y mechas, más un buen puñado de velas, éstas últimas tanto para iluminarse, como para medir el tiempo nocturno.

Se incluyeron algunas armas que completaban las personales de cada guerrero, como veinte jabalinas, adicionales a las cuatro que cada escudero tenía de dotación, y media docena de ballestas. Ingenios estos, terribles y polémicos, cuyo uso contra cristianos había sido prohibido un siglo antes en el Concilio de Letrán, pero cuyo utilización se había generalizado durante la presente Cruzada. Era un artilugio impropio de caballeros, cuyo manejo -salvo para la caza- quedaba más bien reservado a mercenarios o a villanos, pero el Conde, bastante práctico, consideró que no estaría fuera de lugar el que las portaran, dado que también los enemigos las poseían, dejando a la responsabilidad ética de sus hombres la decisión de hacer uso de ellas, o no, llegado el momento.

Así mismo se les proveyó de algunas defensas extras, como cofias, gorgueras o pecheras de cuero, camisotes acolchados y rodela, para los acompañantes no combatientes.

No faltaban los útiles imprescindibles para que pudiesen ejercer su oficio el caballero, el cocinero, el cirujano e incluso el sacerdote, y hasta las herramientas necesarias para cavar una sepultura en el, más que probable, caso de que hiciese falta.

Además se cargaron, empaquetadas individualmente, las armaduras de cada guerrero y los arneses de batalla de diez caballos, pues se consideró mejor para agilizar la marcha, que jinetes y animales saliesen sin el estorbo que éstas y aquéllas representaban, debido al peso, la limitación de movimientos y, fundamentalmente, al calor agobiante que, en aquellos días bochornosos de final del verano, hacían padecer a sus usuarios. A su debido tiempo, ante la inminencia del alcance a los fugitivos, se protegerían con ellas, llevando entre tanto vestidos como medida de seguridad únicamente los forros de las lorigas, es decir, los llamados gambax o perpuntes- unas aljubas de cuero o lienzo rellenas de borra- los hombres, y las guardas de cuero o esparto la decena de animales seleccionados.

Empezaba a clarear el horizonte por Oriente, anunciando la llegada del alba. El Conde pasó una vez más a visitar al único herido de consideración que tenía en sus filas fruto del asalto final a la fortaleza. Esta vez la suerte había estado de su parte. Bueno la suerte y el deshonoroso lugar en el que el caudillo de la hueste les había situado en el despliegue. “¡Que narices!, ¡mejor!, sólo un escudero grave en lugar de haber tenido que lamentar varios muertos. ¡Que más da lo que otros pensarán!” En el fondo estaba bastante harto de cómo se estaba llevando la dirección de aquella contienda. Afortunadamente, él y su mesnada no se incorporaron a la Cruzada a tiempo de ser testigos de la matanza de Béziers, pero desde su llegada había visto lo suficiente como para tener serias dudas sobre si realmente estaban sirviendo a los intereses de Dios, o aquello era otra cosa...

En la tienda destinada a enfermería, se encontró en esta ocasión con el viejo Charles que velaba a su escudero. Había incumplido la consigna del Conde de que los componentes de la patrulla guardasen reposo, pero éste entendía los lazos de amistad y compañerismo que le unían con el herido.

Gerrart miró a ambos con afecto y volvió a salir sin mediar palabra. Entonces pensó en el verdadero motivo de haberle incluido en la expedición cuando el anciano se

lo pidió: El caballero pasaba por una crisis desde la pérdida de su hijo en la toma de Carcasone, última tragedia de una cadena de desgracias que le habían dejado completamente solo. Especialmente doloroso el fallecimiento de su esposa poco antes del inicio de la Cruzada, cuatro años atrás, siendo precisamente esa la causa que le animó a partir con su Señor cuando hubiera sido más conveniente permanecer en el castillo de los Flambó encargándose de tareas más acordes a su edad.

Desde entonces andaba el anciano buscando la muerte que más le apetecía, la de un guerrero, y, lo más importante, refugiándose de sus penas en el trajín diario de la vida castrense.

Conociendo lo que pasaba por el alma de su vasallo, el Conde no pudo negarse ante la petición de aquel de participar en esta, quizás su última, cabalgada. La confianza en su principal “espada”, Ferdinand, y en su cuñado, el templario, era tal, que no creía por un momento pudiese suponer alguna rémora la presencia del “Abuelo” y, sin embargo, habría supuesto para éste un innecesario dolor añadido el negárselo.

Gerrart “le Flambó” se detuvo un instante a contemplar como el cielo iba clareando por momentos: “Va siendo hora de llamarlos- pensó- ¡Que locura puedo estar cometiendo!... ¡Dios mío!, hágase Tu Voluntad, que sea lo mejor para ellos, pero te ruego que me los devuelvas sanos”. Vacilante, se encaminó a despertar a su gente.

En la mayoría de los casos los expedicionarios saltaron de sus lechos como resortes, a otros como la Sra. Madelaine, el padre Johannes, y el obeso escudero del Mariscal, Phelipot, les costó un poco más. Al haber dejado todo preparado antes de acostarse, estuvieron listos en muy poco tiempo, tras ataviarse, lavarse cara y manos y peinarse.

Los guerreros vestían el sobreveste negro de la Casa de Flambó, que era una vestidura exterior sin mangas, donde se representaba el blasón- una llama amarilla- de su apellido. Esta prenda, llamada también, según su diseño, cota de armas, dalmática, tabardo,... la solían usar sobre la armadura para protegerla del sobrecalentamiento producido por los rayos del Sol, al tiempo que les permitía reconocerse en el combate pues proporcionaba cierta uniformidad. Pero para el momento de la partida, como se ha dicho, a falta de la cota de malla, llevaban directamente bajo él, el citado gambax, y por debajo de éste, la camisa de lino y la braga de paño o de cuero. En las piernas calzas largas de hilo, de vistoso color carmesí las de los caballeros, remangadas por debajo de la rodilla, con la excepción de Marie, que las llevaba subidas, y borceguíes de montar con espuelas. Y sobre la cabeza, sombreros de toda forma y materia, predominando la paja, que en algunos iba forrada de seda. Los de los caballeros lucían casi todos plumas de pavo real.

Ciñendo el sobreveste a la cintura, iba el talabarte, de donde colgaban la espada, la daga y el cuchillo de monte o el machete; también la escarcela, bolsa que contenía los útiles de hacer lumbre, y el monedero. En bandolera odres, cantimploras o calabazas conteniendo vino o agua, y el morral de costado.

Dos de los expedicionarios, Paul y Marie, llevaban además consigo su arco y la aljaba con las flechas. Arma que, como pasaba con la ballesta, era despreciada por los caballeros, pero que los dos hermanos, bastante diestros en su uso, preferían a la jabalina.

Enrollada sobre la grupa del caballo, se emplazaba el manto o capote, prenda impermeable tejida con lana basta, cuyos múltiples husos la hacían imprescindible en toda época del año. Junto ella, también liadas, la manta del caballo y el brial, una túnica de hilo y algodón, corta y de mangas desprendibles, que solían utilizar en verano sobre la camisa. No era un atavío militar, sino más bien cortesano, pero, el jefe de la patrulla,

Ferdinand, había insistido que la incluyesen en el equipo.

En el interior de las alforjas iban camisa, braga y calzas de repuesto, también las albarcas para descanso. Repartidos entre aquellas y el morral de costado, llevaban: el indispensable rosario, útiles de aseo como peine, jabón, navaja de afeitar los que las usaban, piedra pómez y un lienzo grande para secarse; los cubiertos para comer, o sea, cuchara, cuchillo de pan, cuchillo de carne y un lienzo pequeño para limpiarse manos y boca, también su jarro o cubilete, su escudilla y la cuerna para llevar el companage; algunos otros elementos como la lezna y el hilo para coser, la piedra de afilar, o pañuelos; por supuesto los avíos para la limpieza del propio caballo, la almohaza, la bruza y el limpiacascos, y, por último, no faltaban objetos personales como pasatiempos o juegos de mesa que más de uno llevaba.

Los tres componentes de la familia Flambó no dejaron de echar en los talegos sus flautas y sus inseparables tablillas de cera y estiletes con los que escribían, dibujaban o hacían sus cuentas. Sin embargo no obtuvieron permiso de su padre para llevar también sus instrumentos musicales de cuerda. El Conde, pensando en lo ridículo que se veía un guerrero con uno de ellos a la espalda, tan solo autorizó al paje a llevar el que habituaba, una viola.

Sujetos a la silla de montar se encontraban el gran escudo triangular y el yelmo; también la maza y algunas otras armas auxiliares como el hacha o, en algún caso, la plomada. Del arzón que correspondía al escudero Phelipot, pendía su enorme montante, una gran espada de dos manos.

El médico y los criados, no utilizaban el sobreveste, ni por supuesto el gambax. El primero llevaba puesto en el momento de la partida, el brial sobre la camisa. El cocinero y el caballero, sus sayones remangados sobre el cinturón, de manera que mostraban sus bragas y calzas, éstas igualmente enrolladas hasta más abajo de la rodilla. El paje un jubón sin mangas sobre su ropa interior, amén de braga y calzas.

Las indumentarias del padre Johannes y la Sr. Madelaine eran más particulares.

El primero iba cubierto por una túnica talar con mangas largas en color pardo, ajustada a la cintura por un ceñidor del que pendía, amén de un crucifijo de madera y su rosario, el monedero y su cuchillo. Debajo llevaba únicamente sus prendas íntimas. Sobre los hombros, por encima de la túnica y en el mismo color pardo, portaba una esclavina, especie de pequeña capa con capucha, símbolo de dignidad clerical. En los pies calzaba borcegués de igual tipo que el resto de los jinetes, incluyendo guerreros y criados. Completando el conjunto, sombrero de anchas alas y guantes de seda.

La nodriza de Maríe llevaba un vestido propio de su sexo, edad y condición, pero adaptado para montar el caballo a horcajadas: camisola de lino y encima el brial, parecido al masculino pero más largo, ceñido por debajo de los senos con un largo cinturón de cuero trenzado del cual pendían una daga, la bolsa limosnara y el rosario; en las piernas calzas largas y, como los demás, botas de montar; sobre la cabeza, ocultando completamente sus cabellos, como correspondía a su condición de viuda, la rígida toca de lienzo y el velo que caía sobre los hombros.

Todos estos atuendos eran los propios del periodo estival, diferentes, por tanto, a los usados la mayor parte del año.

Y en cuanto los equipajes citados anteriormente, hacían especial referencia a los portados por los caballeros y escuderos, siendo los de los siervos no tan diversos ni de la misma calidad, aunque ciertamente muy superiores a los de los servidores de otros mesnaderos, cuyos amos les llevaban, sobre todo en verano, prácticamente con el culo al aire.

Fueron saliendo de sus tiendas y concentrándose en la explanada central donde

aguardaban, ya dispuestos, los animales, y el personal que, con intención de despedirse, aún no se había acostado.

Tras ingerir unos jarros de agua o de vino como único desayuno, los componentes de la partida se acercaban a acariciar a los caballos de su propiedad, y a aquellos otros que les habían sido adjudicados como relevo. En cuanto a estos últimos, se informaban por sus dueños, a la sazón allí presentes despidiéndose de sus apreciados animales, sobre los vicios y virtudes de cada bruto, prestando oídos a todas las recomendaciones que sobre ellos les fuesen comunicadas.

Hacían pequeñas comprobaciones en sus arreos y colocaban y aseguraban a la silla sus alforjas y resto del equipo.

Puntual, hizo su aparición el hidalgo Bernard de Fanjeaux con su extraño escudero y caballos, tres destreos y un palafrén. Ambos jinetes vestían sobreveste de color amarillo, el caballero con la bordada figura de un águila en plata, pero al contrario que los guerreros del Conde de Etelnon, sí llevaban puestas sus lorigas, tanto ellos como los caballos que montaban. Eso sí, no traían más equipaje que el cargado en sus cuatro monturas, pues Gerrart Flambó se había comprometido a aportar toda la logística.

Éste se aproximó al noble occitano para ponerle al corriente de cual era la disposición de los bastimentos con que iban a contar y darle algunas instrucciones, probablemente sobre quien estaría al mando de la partida.

Los dos recién llegados imitaron el ejemplo de los otros y se desprendieron de su cota de malla conservando el gambax, igualmente hicieron con los arneses de los caballos.

La gente conversaba animadamente, pero en voz baja. Se elogiaban aspectos técnicos de la organización con que se había dispuesto todo, se especulaba sobre el resultado de la aventura, aunque la mayoría eran muy optimistas en ese aspecto. Incluso el mismo Paul parecía más confortado, pareciendo que la luz del nuevo día y el fresco de la mañana habían espantado sus terrores nocturnos. Pero en general nadie podía disimular sus nervios, la salida se demoraba sin que se supiera a ciencia cierta el porqué, y la espera se les empezaba a hacer larga.

La luz ya era suficiente para ver perfectamente y se iban apagando antorchas y candiles. Por encima del tufo al que estaban habituados, el ambiente estaba cargado de un delicioso olor a pan recién hecho, preparado en cantidad suficiente como para proveer al grupo de cruzados de hogazas para varias jornadas.

Apareció el cura en la explanada. Venía corriendo y con las ropas litúrgicas a medio poner. Comprendieron todos que sin duda se había quedado dormido, tal como era de esperar. Detrás de él venía el paje del Conde transportando los objetos propios del culto, haciendo el papel de monaguillo.

En unos momentos todo estuvo listo para comenzar los oficios. Las cincuenta o sesenta personas presentes en la explanada, se dispusieron a oír misa. El sacerdote, mirando hacia el Este y dando la espalda a los presentes oficiaba en latín, así que entre que la voz se iba en dirección contraria y que muy pocos dominaban esta lengua, casi nadie se enteraba de nada, pero ello confería a la ceremonia un aire sublime y mágico, algo de lo que estaba muy necesitada aquella gente que poco comprendía de los procesos naturales que se desarrollaban a su alrededor y que se veía obligada a afrontar periódicamente la muerte de sus seres queridos, y ver la propia muy de cerca cada día.

La ceremonia fue breve y al finalizar todos pasaron a recibir la eucaristía. La mayoría lo hicieron con gran devoción, otros con indiferencia y unos pocos por pura obligación.

Acabado el acto, todos, de rodillas, los guerreros que marchaban presentando la desnuda espada a manera de crucifijo, recibieron la bendición del capellán.

A continuación empezaron las despedidas de parientes y amigos, los abrazos y deseos de buena suerte. El Conde abrazo y beso la boca, como era costumbre en la época, a cuantos partían: familia, caballeros, y también, y esto ya no era tan frecuente, a escuderos e incluso criados, con la salvedad, por razones obvias, de la Sra. Madelaine, a la que apretó cariñosamente un brazo.

El último adiós fue para su primer caballero, el Mariscal Ferdinand de Artenay. El Conde se volvió hacia el Mayordomo Salemon, y éste le tendió la saca que portaba en la mano:

- ¿Cuánto va?- preguntó el noble.

- Se llevan diez mancosos y mil cuatrocientos denarios, no llega a lo que acordasteis, pero teniendo en cuenta los gastos previsibles, no conviene vaciar demasiado las arcas. De todas formas es una cantidad considerable- le respondió privadamente su administrador.

Gerrart Flambó le miró con cierto enojo, pensó en lo rácano que se mostraba a veces Salemon cuando se trataba de entregar fondos a su rival, el caballero Ferdinand, siempre metía algún recorte aunque fuese mínimo. Pero estaba en lo cierto, la suma, equivalente a doscientos sueldos, era muy generosa y a todas luces suficiente.

-Ten "Ferdí",- dijo mientras entregaba la bolsa del dinero a su Mariscal- con esto haréis frente a cualquier imprevisto que surja... pagar algún peaje o adquirir nuevas provisiones. Se que lo administrarás con meticulosidad.

Que el Conde le hiciese entrega delante de todos, para su custodia y administración, de esa aparentemente importante- nadie había llegado a oír la cuantía- suma económica, era más que nada un símbolo con el que dejar claro a los allí presentes, a quien implícitamente le había sido dado el mando de la expedición. Que no le quedasen dudas al hidalgo occitano, o incluso a su ausente cuñado, el templario, de que desde ese momento Ferdinand era el capitán de la patrulla. En este mismo sentido, otro detalle a tener en cuenta era que el cuerno de señales lo portaba precisamente el escudero de éste, Phelipot.

Viendo que el astro rey ya asomaba por el horizonte, el Conde les instó a montar sin más dilaciones. Mientras los jinetes se acomodaban sobre ellos, los caballos relinchaban y piafaban conscientes de que el grave momento de la partida se aproximaba.

Les fueron acercadas las lanzas largas, siete en total, que correspondían a cada uno de los caballeros, todas ellas provistas de gonfalones, banderines triangulares con sus colores heráldicos, negros y amarillos los de los Flambó, amarillo el del Bernard de Fanjeaux, e incluso se había preparado uno con los colores blanco y negro de la Orden del Temple para el cuñado del Conde. De ésta se hizo cargo uno de los escuderos.

Fue el propio Gerrart Flambó el que tendió la lanza a su hija. En ella se había fijado, en lugar del gonfalon, el pendón, cuadrado y más grande, de la Casa de Flambó. La muchacha la agarró orgullosa. Al tiempo un criado acomodaba a su perro tras ella, sobre la grupa del corcel.

- ¡Cuidaros!- dijo únicamente el Conde, mientras alzaba su mano derecha en señal de despedida.

Los expedicionarios, vueltas todas sus caras hacia él, entendieron que era la señal para salir, y así lo hicieron, espoleando a sus cabalgaduras. Los diecisiete jinetes, a falta de uno, treinta y seis caballos, doce mulas y un perro, partieron al galope.

En unos instantes desaparecieron de la vista de Gerrart, dejando en su lugar una polvareda, sus ojos enrojecidos por la emoción y en su pecho un nudo producto de la angustia que comenzaba a atazarle. Su imaginación, ¡a buenas horas!, le representaba los hipotéticos peligros que gravitaban sobre los suyos.

Esto, unido a cierta envidia por su voluntaria no participación en la aventura, le hizo empezar a recapacitar sobre la conveniencia, o no, de salir inmediatamente en pos de ellos. De haber dispuesto en ese momento de un caballo ensillado, era probable que así lo hubiese hecho. Tomó la decisión de partir con el grupo que se formaría aquel mismo día, en cuanto el Señor de Montfort estuviese al corriente de los hechos acaecidos. Alguna montura útil quedaría, y si no, se comprarían a las mesnadas vecinas, al precio que fuese, los necesarios, tanto para él, como para aquellos de sus hombres más interesados en participar en la cacería.

El Conde se confortó con estos pensamientos y se dirigió resueltamente, cojeando y apoyado en su muleta, y precedido por dos de sus hombres, hacia las tiendas de su caudillo. Por el camino iba repasando las excusas y coartadas con que pensaba entrarle a fin de no despertar su justificada cólera por no haberle informado antes. “¿Cómo se lo tomaría?”

El “escuadrón”, con el estandarte portado por Marie a la cabeza, salió de la explanada y fue a desembocar a una de las dos amplias avenidas cuyo cruce perpendicular dividía el campamento en cuatro, a la manera de los antiguos romanos. Doblaron a la derecha avanzando al galope y levantando gran estruendo a su paso. Al rápido golpeteo de los cascos contra el suelo, se sumaba el traqueteo metálico de toda clase de cacharros chocando unos con otros, perros ladrando a los caballos, perro sobre caballo devolviendo los ladridos...

Algunos guerreros, arrancados de sus sueños, se levantaban sobresaltados sin saber que estaba pasando y, asomando la cabeza a través de la puerta de sus tiendas con los ojos aún semicerrados, contemplaban extrañados el paso de tanta cabalgadura, muchas de ellas sin jinete pero con la silla puesta, y con tantas prisas, saltándose la prohibición de galopar dentro del recinto. Pero, demasiado cansados aún, volvían rápidamente al lecho, sin que el espectáculo observado les quitase el sueño por mucho rato. No en balde se había cambiado el horario de aquel día para que la gente pudiera recuperarse del esfuerzo realizado la víspera, y también de las penalidades sufridas durante el largo asedio.

Salieron por el ancho puente de madera que, construido para que las enormes torres de asalto pudiesen salvar el riachuelo, daba paso al amplio y nivelado camino por el que se las había conducido hasta el castillo. Los amodorrados centinelas que custodiaban la entrada, se incorporaron sorprendidos y preguntaron, más por curiosidad que por otra cosa, a donde iban, sin obtener otra respuesta que las salpicaduras de barro y el polvo levantado por los equinos.

Al recibir en la cara el azote del aire fresco y limpio, cargado de aromas naturales, Pierrot fue consciente durante un momento de la apestosa atmósfera que había dejado atrás, en el campamento, donde al acostumbrado mal olor había que sumar hoy los frutos de la bacanal de la noche anterior: vino derramado, orines y vómitos.

Se sintió embargado por la sensación de libertad. Miró a sus espaldas y le pareció que el Sol le sonreía...

* * *